

PALABRAS PARA VENEZUELA 2012

RICARDO LAGOS

Buenas noches, estimado Juan Carlos, muchas gracias por esta invitación y muchas gracias por permitirme participar de esta jornada con estos dos compañeros de viaje. Y muchas gracias también a todos ustedes, expresión de ese pueblo venezolano que cuando en Chile se apagó la libertad, acogió a tantos de mis compatriotas.

Quisiera esta noche compartir con ustedes la expresión del estado de ánimo de la que hablaba, de una manera tan científica, Felipe González. El estado de ánimo de una América Latina que sale de esta crisis mirándose a sí misma de una manera distinta, pero con algunas razones, y en tal sentido, quisiera entonces poder señalarles a ustedes un par de ejemplos que tienen que ver con la forma en que estamos ahora entendiendo el mundo, cómo éste ha cambiado.

En esta imagen pueden ver el mundo en cuatro velocidades. Es un estudio que acaba de salir de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), y en el cual se explica qué ha pasado en el mundo en la década del noventa y en la década del 2000. En estas cuatro velocidades está la velocidad de los ingresos altos, la de los países de la OCDE. Está la de los que ellos llaman “países convergentes”, los que están creciendo al doble de la media de los países ricos, y claro, en ese doble de la media está China, algún otro país asiático, Trinidad y Tobago, y ustedes van a creer que es un comercial, pero también aparece Chile. Son los únicos países que crecieron al doble de la media en la década del noventa.

Hay un tercer grupo de países que crecen más que la media que indica la OCDE, pero que no la doblan, y son los que en el lenguaje de la OCDE se denominan “países que están batallando”. No logran converger, porque si usted va al doble, va a converger. Y finalmente, en azul, los países pobres, que están bajo la OCDE.

Entonces, viendolos años 90, más allá de China y un par de países asiáticos, prácticamente no hay nada más. Viene luego la década del 2000. Se ve el cambio que se ha generado en Asia —que aparece prácticamente toda roja, convergiendo—; el cambio en América Latina, sobre todo en América del Sur,

salvo una excepción, que ustedes la descubren. Hay que ver lo que pasa en África de la década del 2000 al 2010 comparándola con la década anterior. Miren cómo cambia el mundo. Y esto, entonces, es lo que explica el estado de ánimo.

Pero este estado de ánimo en América del Sur —México aparece aquí batallando, porque está tremendamente ligado, no obstante sus tasas elevadas de crecimiento, al fenómeno de Estados Unidos— en esta década del 2000 al 2010 bajó el nivel de pobreza de un 44% a un 34% y aprendió a tener un crecimiento del ingreso per cápita de más de un 25%. Está América del Sur está cambiando aceleradamente, porque a medida que los países de mayor crecimiento están dejando atrás la pobreza, están haciendo crecer a un sector medio que prácticamente ayer no crecía. Y entonces hoy tenemos una América del Sur con un desafío distinto del que hemos tenido en los últimos veinte años. Y si no nos damos cuenta de que por las políticas que hemos hecho se está cambiando América del Sur y la composición social de nuestras sociedades, no vamos a estar en condiciones de dar el próximo salto.

Lo grave, y eso es lo que quisiera señalar a ustedes, es que debemos aprender a la fuerza aquellas palabras con que terminó Felipe González: si queremos distribuir tenemos que aprender a crecer primero y sólo si crecemos, distribuimos. Tenemos que distribuir para seguir creciendo. Esta es la esencia del tema, y hasta aquí entonces hemos sido capaces de entender que si crecemos aumenta el ingreso por persona, si aumenta el ingreso por persona mejoramos los indicadores sociales, cualesquiera que sean: esperanza de vida, mortalidad infantil. Hay una relación directa entre el ingreso por habitante que crece y el mejoramiento de los indicadores sociales.

Hay 60 países en los cuales el eje horizontal que tenemos es ingreso por habitante, y a medida que el ingreso por habitante va creciendo, se va produciendo un desplazamiento hacia la derecha, pero a su vez un crecimiento, en este caso, de esperanza de vida. Y vean ustedes que aquí hay dos espectros en este cuadro. Cuando hay hasta 20 mil dólares por habitante, existe esa relación estrecha. A partir de los 20 mil dólares se pierde la relación entre ingreso por habitante y mejoramiento de indicadores sociales. Todos los países que están más allá del cuadro hacia la izquierda, son países desarrollados, de allí entonces usted tiene el fenómeno en que una Nueva Zelanda, con veinte y tantos miles de dólares por habitante, tiene una esperanza de vida muy superior a la de los Estados Unidos, con mil. En esto es, si vemos la distribución de ingresos de los países más ricos, el país con mejor distribución es Japón, donde el 20% del quintil más alto tiene una media de ingresos casi cuatro veces más alta que la del quintil más bajo, y el país que aparece con una distribución de ingresos más

desigual, Estados Unidos, tiene una media de ingresos del quintil más rico, ocho de tantas veces el quintil más pobre.

Y entonces, ¿por qué digo esto? Porque si somos capaces de colocar los países de acuerdo a la distribución de ingresos, no hay ninguna relación entre la calidad de vida, la distribución del ingreso en los países desarrollados, donde tenemos los países con peor distribución de ingresos y ninguna relación con lo que son los distintos indicadores sociales. En cambio, si este mismo gráfico se ordena por países con mejor y peor distribución de ingresos, tenemos que el índice de salud y de problemas sociales genera que la mayor igualdad en el ingreso presenta mejores indicadores sociales en salud y en educación. Entonces, cuando los países de América Latina están teniendo un Producto Interno Bruto por paridad de poder de compra —y muchos de estos países se acercan a los 20 mil— la pregunta es: ¿qué distribución de ingresos tendremos para cuando lleguemos a los 20 mil, en paridad de poder de compra?, ¿estaremos en el grupo de países que tienen mejor distribución de ingresos y no peor?

Aquí, entonces, como ustedes ven, Argentina —que en 2009 tiene un ingreso por habitante de 14.500, según el Fondo Monetario Internacional— estaría por los 20 mil en unos cuatro o cinco años más. Brasil estaría en los 15 mil en el año 2015 y en 20 mil en el 2020. Mi país estaría aproximadamente entre el 2016 y el 2018 en los 20 mil dólares. Colombia, alrededor del año 2022. México alrededor del 2020. Perú un poco después, Uruguay va a estar en los 20 mil dólares en el 2016, y Venezuela se supone que no lo está haciendo muy bien, porque prácticamente está estancada en su paridad de poder de compra del Producto Interno Bruto, pero eso sí, Venezuela en los indicadores de mediano y largo plazo, por el nivel de población, aparece entre los cinco mejores países de aquí a treinta años. El desafío, es cierto, tal como dice Felipe González, es que depende de cada país lo que ocurrirá en los próximos treinta años.

¿Por qué digo esto? Porque lo que hemos sido capaces de lograr hasta ahora, cuando efectivamente lo que hemos tenido es un crecimiento del ingreso por habitante, ahora nos va a obligar a poner el énfasis en mejorar la distribución de ingresos y este es el Talón de Aquiles de todos y de cada uno de los países nuestros en América Latina. Nuestro indicador de desigualdad, en distribución de ingresos es mucho más alto que el de los países europeos, mucho más alto que el de los países asiáticos, y por lo tanto, tenemos que tomar medidas si queremos estar en condiciones de dar el nuevo salto que corresponde.

La descripción que hizo Fernando Henrique Cardoso de lo que es su experiencia en cuanto a lo que ocurrió en Brasil, con fechas más o fechas menos, con

políticas más o políticas menos, ha sido la experiencia de mi país, ha sido la experiencia de Uruguay, está siendo la experiencia de Perú, Colombia y México, por lo tanto, el tema es: ¿conocemos los mecanismos para crecer y lo que hemos logrado como sistema democrático? Y entonces, cuando nos planteamos ahora cuáles son los verdaderos desafíos hacia adelante, yo tendría que compartir con ustedes y decirles: el primer desafío es el de la democracia.

La democracia no es algo que llega en un instante y ya está resuelta. La democracia es un proceso que hay que regarlo y cuidarlo día a día, porque la democracia se profundiza cada día y ni qué decir ahora, cuando los mecanismos de la democracia van a ser puestos a prueba porque hay una nueva forma de hacer democracia con las nuevas tecnologías de comunicaciones. Como dije en una ocasión, vamos a volver a la plaza de Atenas en tiempos de Pericles —no la plaza de Atenas que estamos viendo hoy en la televisión— donde se reunían los ciudadanos atenienses a discutir los temas de la polis, de la ciudad, y yo daba mi opinión y me respondía el que tenía al lado. Hoy día, en la democracia como la conocemos, es el líder, el político, quien da su opinión, y cada cuatro o cinco años la ciudadanía dice a quién le da la razón. Pero hay una relación que emite opinión, y salvo en las cartas al director de los periódicos, no había forma de decirle a este señor que es lo que usted opina, usted, ciudadano, receptor de la opinión. Acá hay un cambio sideral, el que usted elegía una democracia y la democracia era democracia representativa; elegía a unos representantes suyos, para que ellos entonces debatieron la política. Ahora, ¿cómo se va a hacer esa misma política? En una reunión similar a esta me tocó dar una charla sobre estos temas, y nadie me advirtió que en la pantalla que había detrás de mí estaban saliendo los tweets que me estaban mandando a medida que yo iba hablando. Después estuve en otra en la que fui leyendo los tweets, y me dí cuenta de que, o me dedicaba a responder los tweets, o no me podía concentrar en lo que tenía que decir.

Esto es la inmediatez que hay entre el emisor de una opinión y la respuesta que recibe y, por lo tanto, me pregunto cuánto de la democracia del futuro va a ser representativa en la medida en que deleguemos en los representantes y cuánto de la democracia del futuro va a permitir tener algo que es una herramienta favorita de aquellos que van camino a las dictaduras y que son los plebiscitos. Los amigos suizos hacen tantos plebiscitos como la cantidad de quesos tienen en Suiza. Esto es, cómo vamos a perfeccionar nuestros sistemas democráticos: ya sé que las normas, obvias, la distribución de poder de Montesquieu están ahí para ser respetadas: el Poder Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial, cada uno cumple su tarea, como muy bien lo definió Fernando Henrique. Pero además de eso, cómo vamos a ser capaces de perfeccionar sistemas democráticos, porque lo que estamos viendo en buena parte de nuestra América, son sectores medios

empoderados, sectores medios más educados, y sectores medios que demandan ser escuchados, y por tanto, acá tenemos un primer desafío.

Hay un segundo desafío: educación, porque los sectores medios a lo que aspiran, dejando atrás la pobreza, es que sus hijos tengan un nivel de educación superior al que ellos tuvieron. En Chile hoy, de diez jóvenes que están en la educación superior, siete son primera generación en su familia que va a la universidad. Y los que desafiaron con sus pies y protestaron el año pasado ante las autoridades chilenas, son los hijos de la democracia y lo que están demandando es calidad educacional con igualdad de oportunidades, mayor que la que tienen y entendiendo, en consecuencia, que la educación es la gran herramienta de la movilidad social: si queremos colocar al ser humano en el centro de nuestras preocupaciones, entonces la manera como se avanza en educación pasa a ser el segundo desafío esencial de hoy.

El tercer desafío, fácil decirlo, pero difícil hacerlo, es cómo usted pasa de una sociedad de derechos —en la que nuestras Constituciones reconocen los derechos de todo tipo de cosas— a una sociedad de garantías, en la que el derecho no es solamente algo inscrito en un papel llamado Constitución, sino que usted garantiza determinados derechos que pueden hacerse efectivos si no se cumplen. Y esto es esencial, porque es la esencia de una democracia y entonces, esto explica claro, una mayor demanda de bienes del estado. En democracia, en último término, ese es un tema central.

En cuarto lugar, hay que preguntarse cómo América Latina va a ser capaz ahora de entender y relacionarse con los otros grandes centros, porque nos plantean un desafío distinto al que estamos acostumbrados. Estamos acostumbrados a nuestra relación con Estados Unidos, y me apuro un poquito más, con Europa, pero ¿cómo entendemos esa relación y este mundo que se abre con China?, ¿cómo entendemos que vamos a actuar en un mundo donde el eje económico —que hasta ahora, después de la Segunda Guerra Mundial, era el Atlántico Norte, y el flujo de comercio Europa-Estados Unidos— se empieza a desplazar hacia el Oriente?, y hoy ya el Pacífico es el principal océano, donde está el centro del comercio mundial. Y cómo, entonces América Latina tiene ahí una capacidad distinta de negociación, ante lo que está ocurriendo con el fenómeno chino. Y para volver a un tema central, nos preguntamos cómo seremos capaces entonces de mantener los niveles de crecimiento económico en esta nueva realidad. Sí, ahora estamos creciendo porque nuestros productos están siendo demandados —y en buena hora— pero aprendamos que nos beneficiamos porque son recursos naturales los que exportamos. Chile, al menos, aprendió a lo largo de su historia que vivimos de la plata hasta que se agotaron los minerales de plata;

después del nitrato hasta que los alemanes descubrieron el salitre sintético, y se agotó, aunque ahora ha vuelto un poco; después vivimos del cobre, y estamos en la etapa del cobre, pero aprendimos también que no es posible hacer lo que hicimos cuando vivíamos de la plata y del nitrato, cuando nos bastó con vivir de un impuesto a la exportación del nitrato, de un 20% del valor de lo exportado y pensábamos que para qué pagar impuestos si con eso vivíamos de lo más bien. Ahora, hemos aprendido que hay que seguir pagando impuestos, pero que los recursos fiscales que vienen de un recurso natural, no pueden ser para pagar gastos corrientes, porque mañana esos recursos se van a agotar y por lo tanto establecimos un royalty al cobre. Me correspondió hacer un primer royalty, después lo perfeccionamos y ahora tenemos uno un poco más caro que rinde un poco más, pero la gran pelea que se ha dado, es porque los recursos que vienen de ese royalty al cobre se usan en ciencia, en tecnología, en crear conocimiento, en aumentar la productividad. Y cuando desaparezca el cobre, espero que tengamos una frontera tecnológica desarrollada que nos permita seguir, para que las generaciones futuras también participen de ese recurso natural que agotamos en nuestra época. Eso creo que es esencial.

Me tocó asumir la presidencia en el año 2000, en plena crisis asiática, e hice lo que nunca hay que hacer, que es prometer lo que usted va a hacer en el primer año. Y dije: en el primer año voy a crear 200 mil puestos de trabajo. Pues se vino la crisis y ahí quedé, llegó el mes de septiembre y asumí que eso había que enfrentarlo y dije: “fracasé, no lo vamos a cumplir, les puedo dar las razones, pero con eso mi obligación primera es reconocer que no lo voy a cumplir”. Y dije otra cosa: “Voy a tener un presupuesto en función de los precios del cobre a largo plazo”. Y como hoy en día los presidentes estamos en examen todos los días, porque las calificadoras de riesgo nos ponen unas notas en Washington, a las cuales se refirió Felipe con tanta precisión, dije: “voy a utilizar el precio del cobre a largo plazo”. Y una comisión independiente me señaló cuál era, y de acuerdo al precio de largo plazo se establecía entonces cuánto podía gastar el gobierno y cuando el precio del cobre estaba en 70 o 60 centavos la libra, y el largo plazo me decían que era 89, gastaba como si fuera 89. Y me creyeron. Lo importante era que cuando el cobre bajaba, yo podía gastar más de acuerdo a largo plazo. Y tuvimos entonces el único país con una política contra cíclica en la crisis asiática. El momento de la verdad llegó cuando el precio del cobre en el 2002, 2003 y 2004, empezó a subir; el largo plazo me decía es un dólar diez y yo no podía gastar más de un dólar diez. Y empezaron entonces a acumularse reservas de cobre, es decir, algo muy simple, hay que ahorrar cuando tenemos días de mucho sol porque después va a haber fríos de invierno, va a llegar la lluvia y para eso es bueno tener ahorros. Cuando llegó la crisis del 2008, gracias al sistema de presupuesto con superávit estructural que establecimos, lo que había equivalente en el excedente de los precios del cobre, era el equivalente a un 60% del

Producto Bruto de Chile. Y por lo tanto, estuvimos en condiciones de gastar cuatro puntos de ese 60% del Producto Bruto de Chile ahorrado, y poder generar entonces las condiciones para enfrentar la crisis y pasarla bien.

Pero estas son cosas demasiado elementales que a estas alturas deberíamos ser capaces de entender como un manejo ordenado y serio de lo que tenemos que hacer de la Casa Fiscal. Todo esto permite crecer porque hay predictibilidad, porque hay estado de derecho e instituciones que funcionan, porque hay también algo muy importante, y es que somos capaces —porque no somos seguidores del consenso de Washington—. Un presupuesto equilibrado es sentido común, como dijo Felipe, pero porque vamos creciendo tiene que haber, por decisión de los ciudadanos, un gobierno que se preocupe de que nadie se vaya quedando atrás. No es posible que usted vea que vamos creciendo un 5%, un 8%, y seguimos con la misma escuela modesta que no se mejora, el mismo centro de salud sigue igual de malo en la atención o son las mismas calles que no se han pavimentado y que son puro polvo en verano y puro barro en invierno cuando llueve. Eso no es una democracia que funcione bien. Y aquí me van a excusar, hay una línea divisoria: neoliberales son los que creen que la sociedad se hace a imagen y semejanza del mercado; que el mercado sólo va a hacer el chorreo, pero permítanme decirle que si hay chorreo, éste se demora mucho, y en consecuencia son indispensables políticas que aseguren la focalización del gasto para que no se queden atrás regiones o sectores, para que el avance social llegue a todos y no a unos pocos. Eso es muy importante, y por lo tanto, si me apuran un poco, digo que la democracia, en último término, es el mecanismo por el cual los ciudadanos deciden, a medida que el país crece, lo cuál tomando la frase preciosa de Bobbio, es el mínimo civilizatorio que toda sociedad reclama, al cual tienen acceso todos los hijos de esa sociedad. Y por cierto, es un concepto dinámico el que va cambiando a este mínimo civilizatorio, porque a medida que el país va creciendo, la sociedad va demandando más, y la democracia, entonces, en qué consiste: en cómo la sociedad va absorbiendo estas demandas sociales y las va transformando, lo que en definitiva es decir: voy a tener una sociedad con cohesión social, una sociedad armoniosa, como dice Confucio y que lo han tomado los chinos, porque claro, los chinos tienen la capacidad de decir que están inspirados ahora en Confucio y los dirigentes chinos no hablan de cohesión social, dicen “estamos haciendo una sociedad armoniosa”. Y entendido, en último término, que en democracia de lo que se trata es de que si la democracia es capaz de entregar este mínimo civilizatorio es porque es capaz de escuchar a partir de la consulta periódica. Y cuando esto es así, estamos en presencia de una sociedad predecible, porque las instituciones funcionan.

Cuando se hacían muchos juicios a Pinochet, después de que tuvo algún tiempo detenido en Londres por un juez español, me preguntaban cotidianamente por esto y lo único que siempre dije fue: soy Presidente de la República solamente, eso lo resuelven los tribunales, dejemos a los tribunales que funcionen y funcionen tranquilos. Y es lo que corresponde. Algunos decían que era un leitmotiv, pero es la profunda convicción de un sistema democrático, y por lo tanto, si estamos pensando en cómo avanzaremos a futuro, aprendamos entonces: 1) Los principales países de la Región —a partir de lo que hemos visto en las estadísticas— estamos a punto de dar un salto importante; 2) Tenemos un sistema de distribución de ingresos como tremendo desafío; 3) Tememos que ser capaces de mantener el ritmo de crecimiento, pero no sólo a partir de los productos naturales, los productos agrícolas, la soja o lo que fuere, sino que a partir de cómo somos capaces de este “veranito de San Juan”, de los términos de intercambio que decía Felipe, convertir este veranito y utilizarlo de manera que lo invertimos con visión de largo plazo. Y los que están en el poder, los presidentes, están obligados a pensar en la próxima generación y no en la próxima elección. Eso me parece fundamental. Y lo sé, todos vamos a ser juzgados por la próxima elección, pero en el largo plazo las generaciones futuras nos van a juzgar por la capacidad de mirada larga que pudimos o no pudimos tener. Y esa mirada larga, entonces, es lo que es indispensable, y el liderazgo está en último término ¿Qué es eso? Explicarle al país—dado que el presidente de la República es el primer comunicador siempre— porqué tener una mirada de largo plazo para poder estar acorde con lo que el país nos está demandando, porqué no quiero que los recursos del cobre se usen en pagar gastos corrientes. Y creo que, en último término, cuando existe esa mirada larga, la democracia funciona. No puede ser que hagamos política pensando en la elección cada cuatro o cinco años. Tiene que haber un conjunto de gran consenso nacional sobre ciertas políticas básicas.

En Chile hubo un cambio de alternancia de un gobierno a otro, pero tenemos una economía abierta, en la que el 95% de nuestro comercio hoy está bajo un acuerdo de libre comercio, y caramba que eso significa tener tranquilidad, porque cuando llega una crisis como esta, el proteccionismo no es viable: un país que lateralmente eleve las tarifas, es distinto a tener reglas esenciales para un comercio más justo.

Un acuerdo de libre comercio no lo arregla todo. Pero eso es lo que nos permite avanzar, y por eso yo quisiera concluir diciendo: en esta crisis internacional, donde con tanta razón dijo Felipe: “en el 2008 todos miraban a la política y preguntaban qué hará el señor Sarkozy, qué hará el señor Obama, que hará la señora Merkel”. Lamento que ahora no estén esos mismos políticos poniendo orden en los mercados y que haya otros haciendo que los mercados nos están

dictando las normas, porque eso no es escuchar a los ciudadanos y los políticos, en último término, se deben a la ciudadanía que los eligió, porque ella es la que le va a pasar la cuenta el día de mañana si no están a la altura. Pero estar a la altura significa entonces tener una mirada larga que permita enfrentar los desafíos de hoy, con la mirada de lo que se va a necesitar mañana, y eso los pueblos, en último término, así lo entienden. Por eso creo tan importante poder comprender cuáles son las tareas a realizar hoy. Pongámonos a trabajar cada uno en su esfera, pero hagámoslo con una claridad suficiente, con un interés superior, y tratemos de definir entre todas las políticas de Estado, cuáles son aquellas que permanecen más allá del período de gobierno, porque son indispensables políticas que trascienden el período gubernativo, porque ellas tienen el consenso de todo un país.

Siempre pongo el ejemplo, y con esto concluyo, que en Chile, allá por 1850 y tantos empezaron a construir un ferrocarril que iba de Santiago al sur. En el intertanto, hasta llegar a Puerto Montt, mil kilómetros más allá, pasaron 65 años, en los cuales hubo una guerra, después una guerra civil y hasta cambiamos el sistema presidencial por uno parlamentario, pero siempre al tren le agregan unos cuantos kilómetros y seguía camino al sur. Había una meta clara, que era capaz de estar más allá del vaivén electoral. A ratos nos falta entender cómo una sociedad avanza en políticas de estado, en economía, en democracia, en políticas sociales, culturales, políticas internacionales, y cómo también podemos tener en América Latina algunas políticas de estado que nos permitan expresarnos con una sola voz, porque también seamos claros: en este Siglo XXI o hablamos todos con una sola voz como América Latina, o en el mundo de los grandes bloques no vamos a ser escuchados. Y en ese mundo que está formándose, en esa gobernanza global que tiene que existir, a la cual se refería Fernando Henrique, ahí también queremos tener una voz. Así como queremos tener gobernanza al interior, tenemos que tener capacidad de converger para hablar con una sola voz, como América Latina, y poder entonces dar un salto en un mundo que va a ser más global y del que queremos participar también, en la medida de lo que somos en esa gobernanza global.

Ese es el mundo de nuestros hijos, el de nuestros nietos, y hacia eso tenemos que trabajar. Por ello esta invitación para conversar acá con ustedes, ha sido para conversar, en último término, sobre cómo hacemos una sociedad en cuyo centro lo que hay es nada más y nada menos que la dignidad de los seres humanos que están por venir en la próxima generación, que esperemos sean mejor que la que hemos sido nosotros en la actual. Es en último término la herencia que vale la pena dejar. Muchas gracias por esta invitación.